

PADRE AMORTH

# La mujer que venció al mal

El evangelio de María



SAN PABLO



Mamboré



## Índice

Portada  
Portadilla  
Créditos  
Presentación  
Primer día. La mujer nueva  
Segundo día. María Santísima  
Tercer día. Tres veces virgen  
Cuarto día. Un matrimonio querido por Dios  
Quinto día. Exulta, alégrate, goza  
Sexto día. Dos madres y dos hijos  
Séptimo día. El canto de la alegría  
Octavo día. Cómo sufre un justo  
Noveno día. Esposos felices unidos por Dios  
Décimo día. Belén, la casa del pan  
Undécimo día. La fe de los más pequeños  
Duodécimo día. El nombre de la salvación  
Decimotercer día. Jesús ofrecido al Padre  
Decimocuarto día. El homenaje de los paganos  
Decimoquinto día. Vuelta a casa  
Decimosexto día. Un niño desconcertante  
Decimoséptimo día. Un silencio precioso  
Decimoctavo día. Las bodas de Caná  
Decimonoveno día. En el escondimiento de Nazaret  
Vigésimo día. Mujer, ahí tienes a tu hijo  
Vigesimoprimer día. El sábado, día de María  
Vigesimosegundo día. Fuego del cielo  
Vigesimotercer día. Enteramente glorificada  
Vigesimocuarto día. Apareció una gran señal en el cielo  
Vigesimoquinto día. Madre de la Iglesia  
Vigesimosexto día. El corazón inmaculado de María  
Vigesimoséptimo día. Las apariciones marianas

Vigesimoctavo día. Me consagro a ti  
Vigesimonoveno día. Una cadena de Avemarías  
Trigésimo día. Mediadora de todas las gracias  
Trigésimo primer día. Madre que reúne a la familia

# La mujer que venció al mal

El evangelio de María

Gabriele Amorth



2.<sup>a</sup> edición

© SAN PABLO 2013 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)

Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723

E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es - [www.sanpablo.es](http://www.sanpablo.es)

© Edizioni San Paolo s.r.l., 2012

Título original: *Il Vangelo di Maria. La donna che ha sconfitto il male*

Traducido por *Ezequiel Varona Valdivielso*

*Distribución:* SAN PABLO. División Comercial

Resina, 1, 28021 Madrid

Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050

E-mail: ventas@sanpablo.es

ISBN: 978-84-285-6520-2

Depósito legal: M. 10.378-2013

Impreso en Afanías

Printed in Spain. Impreso en España

## Presentación

**E**l beato Juan Pablo II, en su carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, encomendaba al Espíritu Santo el cometido de conducir a las almas a entrar con las justas disposiciones en el nuevo milenio. Y continuaba: «Confío esta tarea de toda la Iglesia a la materna intercesión de María, Madre del Redentor. Ella, la Madre del amor hermoso, será para los cristianos del tercer milenio la estrella que guía con seguridad sus pasos al encuentro del Señor. La humilde muchacha de Nazaret, que hace dos mil años ofreció al mundo el Verbo encarnado, oriente hoy a la humanidad hacia Aquel que es “la luz verdadera que ilumina a todo hombre” (Jn 1,9)».

Es hermoso pensar en María como en la estrella que nos conduce con seguridad al Señor. Los Magos siguieron la estrella y encontraron a Jesús con su madre. Pidamos a la Virgen que nos lleve de la mano y nos guíe.

En estas páginas, que constituyen el quinto libro que escribo sobre María, siguiendo la estela de la Sagrada Escritura y de la enseñanza eclesial, he tratado de recorrer ese camino que nos hace conocer a la Madre de Jesús y Madre nuestra. El conocimiento de la Madre nos lleva al conocimiento del Hijo, porque Dios ha dispuesto que la relación entre María y Jesús fuera mucho más allá de la relación natural, pero que la Virgen fuese la primera redimida, la primera discípula, la primera colaboradora de su divino Hijo.

Ruego al Señor que bendiga este modesto trabajo para que, si es de su agrado, pueda hacer algún bien.

P. GABRIELE AMORTH

Primer día  
*La mujer nueva*

Cuando cada año, el 8 de septiembre, la Iglesia celebra la fiesta litúrgica de la Natividad de María, el pensamiento más repetido es que surge la aurora, anunciadora del día: la natividad de la Virgen prefigura el nacimiento de Jesús. El Vaticano II se expresa con una frase felicísima sobre el nacimiento de la Virgen. El capítulo VIII de la constitución sobre la Iglesia *Lumen gentium* (LG), dedicado por entero a la Virgen María, afirma en el n. 55: «Con ella, excelsa Hija de Sión, tras la larga espera de la promesa, se cumplen los tiempos y se instaura una nueva economía».

Para comprender el papel de María y cómo su aparición supuso un giro decisivo en el desenvolvimiento del plan salvífico, conviene adelantar algún concepto sobre el plan divino en la creación y, por ende, sobre la absoluta centralidad de Cristo. Él es el primogénito de todas las criaturas: todo ha sido hecho para él y con vistas a él. Él es el centro de la creación, el que recapitula en sí todas las criaturas: las celestes (ángeles) y las terrestres (hombres). En cualquier caso, creo que Jesús se habría encarnado y aparecido triunfante en la tierra, pero es difícil decirlo. La realidad es muy otra. Tras el pecado de nuestros progenitores, que esclavizó al hombre a Satanás y a las consecuencias de la culpa (sufrimiento, cansancio, enfermedad, muerte...), Jesús vino como salvador, para redimir a la humanidad de las consecuencias del pecado y reconciliar con Dios todas las cosas, en el cielo y en la tierra, por medio de su sangre y de la cruz.



Todo ha sido creado en vista de Cristo: de este planteamiento cristocéntrico depende el rol de toda criatura, de cada uno de nosotros, ya presente en el pensamiento divino desde toda la eternidad. Si la criatura primogénita es el Verbo encarnado, no se podía no asociar a ella, antes que cualquier otra criatura, en el pensamiento divino, a aquella en la que se llegaría a efectuar tal encarnación. De aquí la relación única entre María y la Santísima Trinidad, como se manifiesta claramente en la página de la encarnación.

Centralidad de Cristo y su venida como salvador: así, toda la historia humana está orientada al nacimiento de Jesús, que es conocida como «*plenitud de los tiempos*». Los siglos precedentes son «tiempo de espera»; los siglos siguientes son «los últimos tiempos». Con el nacimiento de María la historia humana sufre el gran vuelco: cesa el período de la espera y se inicia el período de la realización. Ella es la Mujer nueva, la nueva Eva; de ella procede el Redentor y en ella se da inicio al nuevo pueblo de Dios. Los primeros Padres, como Justino e Ireneo, ya recurren a la comparación Eva-María: Eva, madre de los vivos; María, Madre de los redimidos; Eva da al hombre el fruto de la muerte, María da a Cristo, fruto de la vida, a la humanidad.

En este punto nos gustaría conocer muchos particulares respecto a María, pero carecemos de datos. Los evangelios no son libros histórico-bibliográficos, sino histórico-salvíficos. Son la predicación de la «buena nueva». En ellos no hay lugar para lo que solo tendría un interés humano, pero ningún valor para la salvación. Por eso faltan tantas noticias que nos interesarían a nosotros por su valor biográfico, pero que no tienen importancia alguna con respecto al mensaje que han querido transmitir los evangelistas.

Proponemos algunas de estas preguntas, carentes de respuesta segura, pero a las que podemos aproximarnos: al menos podemos darnos cuenta de ciertas opciones de los evangelistas.

¿Cuándo nació la Virgen? Respecto al día, antiguamente se barajaban varias fechas, sugeridas siempre por motivos de culto y no por motivos históricos. Después se impuso la fecha del 8 de septiembre, aunque infundada históricamente, y de ella se ha hecho depender la fecha de la concepción de María, nueve meses antes, fiesta de la Inmaculada Concepción. En cuanto al año, solo podemos partir de la fecha del nacimiento de Jesús, también ella incierta pero razonablemente calculable, teniendo en cuenta que las chicas se casaban a la edad de 12-14 años. Puede resultar sugestivo pensar que la Virgen naciera en el año 20 a.C., cuando Herodes el Grande comenzó la reconstrucción del Templo de Jerusalén. Es sugestivo porque así, mientras el hombre construía el templo de piedra, Dios se preparaba su verdadero templo de carne. Pero es solo probable, aunque sea una fecha que se aproxima a la real, que no conocemos.

¿Dónde nació la Virgen? Entre las diversas ciudades que se podrían asignar para el nacimiento de María, las dos más probables que se disputan este honor son Jerusalén y Nazaret. Ambas gozan de una tradición muy antigua, con pruebas arqueológicas y culturales. Nos inclinamos por Nazaret, dado que es allí donde encontramos a esta humilde doncella, rodeada del máximo escondimiento: pueblo de media altura, que contaba entonces con unos doscientos habitantes que vivían en grutas, a cuya entrada se podía añadir una habitación. Fuera de las líneas de comunicación, a Nazaret no se la nombra nunca en el

Antiguo Testamento, ni en el *Talmud*, ni en Flavio Josefo. «¿De Nazaret puede salir algo bueno?», le preguntará Natanael a Felipe (Jn 1,46).

De María tampoco sabemos a cuál de las doce tribus de Israel o familias pertenecía. Sin duda a una tribu muy humilde, pues en caso contrario Lucas nos lo habría dicho, dado que tiene el detalle de recordarnos la familia de Isabel y de la anciana Ana, las otras dos mujeres de las que se habla en el evangelio de la infancia. Dios aprecia la humildad y el escondimiento; no sabe qué hacer con las grandezas humanas, con lo que cuenta a los ojos de los hombres.

## Reflexiones

---

**Sobre María** - «Más sublime y humilde que criatura alguna», según expresión de Dante, no poseía ningún título de grandeza humana. Todo su valor depende de haber sido elegida por Dios, de haber desempeñado un rol superior a cualquier exaltación humana (¿quién tiene el poder de elevar a una mujer a la dignidad de Madre de Dios?) y de haber correspondido siempre plenamente, con inteligencia y libertad, a las expectativas de su Señor.

**Sobre nosotros** - También cada uno de nosotros ha sido pensado por Dios desde la eternidad y debe ganarse ese título de salvación, para sí y para los demás, que Dios le asigna y hace conocer a través de las circunstancias de la vida, así como a través de los

«talentos» (bienes materiales y personales) que ha recibido de su Señor. Nuestra grandeza depende de cómo correspondemos y somos a los ojos de Dios.

Segundo día  
*María Santísima*

**D**ios nos ha pensado a cada uno de nosotros desde toda la eternidad y nos ha asignado una tarea que nos ha hecho nacer en el momento y lugar justos, dándonos las dotes necesarias para el desarrollo de nuestro rol. Lo mismo hizo con María. Como además quería confiarle una tarea extraordinaria, la preparó a conciencia. Podemos resumir tal preparación con tres palabras, que serán objeto de nuestras reflexiones en este capítulo y en los dos siguientes: *Inmaculada, Virgen, Esposa de José*.

El primer don, el gran regalo que Dios hizo a María en el instante de su concepción, fue el hacerla inmaculada, aplicándole anticipadamente los méritos de la redención de Cristo. Tenía que ser madre de aquel que venía para destruir las obras de Satanás, o sea, el pecado con todas sus consecuencias. Así, María, concebida inmaculada, muestra su semejanza con nosotros, porque ella necesitó ser redimida por el sacrificio de la cruz; por otra parte, su condición de inmaculada la predispone para la altísima misión que se le confiaría más tarde.

Uno de los títulos marianos más antiguos, muy apreciado por los ortodoxos, es el de *Santísima*. Expresa perfectamente los dos aspectos que pretende representar, invocando a María Inmaculada.

Un primer aspecto es de puro privilegio: la exención del pecado original en vista de la maternidad divina. Aquí debemos contemplar solo las maravillas realizadas por el Señor. Pero hay más; hay un segundo aspecto por el que se afirma que María no cometió la menor culpa actual, aun

siendo una criatura inteligente y libre. Contrariamente a lo que podría parecer, en esto palpamos la imitabilidad de María, que tanto puede influir en la formación cristiana: vemos en María la belleza de la naturaleza humana impregnada por la gracia. La Inmaculada es un ideal que nos atrae, sin deslumbrarnos ni alejarnos de la figura de María, sino que nos impulsa a su imitación con la gracia bautismal, con las gracias actuales y la lucha contra el pecado.

Una de las faltas más grandes de la mentalidad moderna contra la humanidad es la de querer abolir el sentido del pecado y de la tremenda presencia de Satanás. Así se ignora la redención, que es la victoria de Cristo sobre el pecado y el demonio; se deja al hombre hundido en su miseria y no se le ayuda a levantarse, a hacerse mejor, a recobrar su belleza original, de criatura hecha a imagen de Dios. La Inmaculada nos dice: yo soy así por la gracia de Cristo y por mi correspondencia a la misma; también tú, correspondiendo a la gracia, debes aspirar a vencer el mal y a purificarte cada vez más. La Inmaculada no es un ideal abstracto, formado simplemente para contemplarlo; es un modelo que imitar.

Es hermoso asimismo recorrer el largo camino que llevó a la definición dogmática de la Inmaculada Concepción en 1854. La sensibilidad de los creyentes intuyó inmediatamente la santidad completa de María y la ensalzó conforme a su profecía: «Desde ahora me felicitarán todas las generaciones» (Lc 1,48). Nótese que, al proclamar a María *Santísima*, se pretendía subrayar sobre todo que nunca había cometido culpas actuales, y en tal sentido se pronunció el concilio de Trento. Pero ya anteriormente la reflexión y la convicción del pueblo de



Dios habían ido más allá, intuyendo que la santidad total de María era incompatible con la culpa original, por lo que debía haber sido excluida de ella.

Era preciso profundizar la reflexión bíblica y teológica acerca de esta verdad. Sabemos que los dogmas son «puntos firmes», que no bloquean los estudios y enriquecimientos, sino que los orientan en el sentido justo. Sabemos que la proclamación dogmática de una verdad significa que está contenida en la Sagrada Escritura. Pero no todas las verdades están contenidas con la misma claridad: algunas están afirmadas explícitamente (piénsese, por ejemplo, en la resurrección de Cristo), otras están contenidas solo implícitamente, y hacen falta tiempo y luz del Espíritu Santo para ponerlas en evidencia. Por eso no sorprenden las vacilaciones y dificultades. Es sabido que santo Tomás de Aquino era contrario a la Inmaculada Concepción porque temía que de este modo la Virgen estuviera excluida de la redención: para ella habría sido una ofensa, no una exaltación. La duda era real, bien fundada; había que resolverla. Y la resolvió Duns Scoto, comprendiendo que María debía su exención del pecado original a los méritos de Cristo, que se le aplicaron preventivamente. Así María es el primero y más bello fruto de la redención.

Otra pregunta que con frecuencia se ha planteado es esta: si la Virgen fue tentada por Satanás y si habría podido pecar. La Virgen, como todos nosotros, tenía ciertamente ese don de la libertad que nos ha dado el Señor y que respeta en todas sus criaturas superiores. En el pasado, cuando se acostumbraba a exaltar los privilegios, se pensaba que María tenía una «imposibilidad moral» de pecar. En cuanto a las tentaciones del demonio, como las tuvo Jesús, así ciertamente, aunque el evangelio no hable de ello, las tuvo también María, pues tal es la condición de

la humanidad incluso antes de la culpa original. Hoy, que se insiste menos en los dones extraordinarios, se suelen poner de manifiesto los aspectos más humanos de María: su duro camino de fe y sus continuos sufrimientos. En esta línea insiste la encíclica *Redemptoris Mater*, de Juan Pablo II, pero se formulan también dos consideraciones:

- a) La pecabilidad no es necesaria para la libertad; los ángeles y los santos son plenamente libres, pero impecables.
- b) A la Virgen se le aplicó enteramente la redención de modo previo: también en nuestro caso la redención logrará su pleno cumplimiento cuando, una vez alcanzada la gloria celestial, aun permaneciendo criaturas inteligentes y libres, ya no tendremos la posibilidad de pecar.

## Reflexiones

---

**Sobre María:** - Correspondió perfectamente a la gracia, que se le concedió en plenitud. Concebida inmaculada, en vista de la maternidad divina, fue la más fiel oyente y discípula de su Hijo. La santidad de María, que la aproxima a Jesús lo más posible para una criatura humana, no la eximió en absoluto del duro camino de la fe, del sufrimiento y de las cruces más dolorosas.

**Sobre nosotros** - La Inmaculada Concepción nos estimula a la lucha incesante contra el pecado, nos exhorta a mejorarnos a nosotros mismos y a hacer de nuestra vida un camino de conversión y purificación, para tender a esa santidad a la que Dios nos llama.